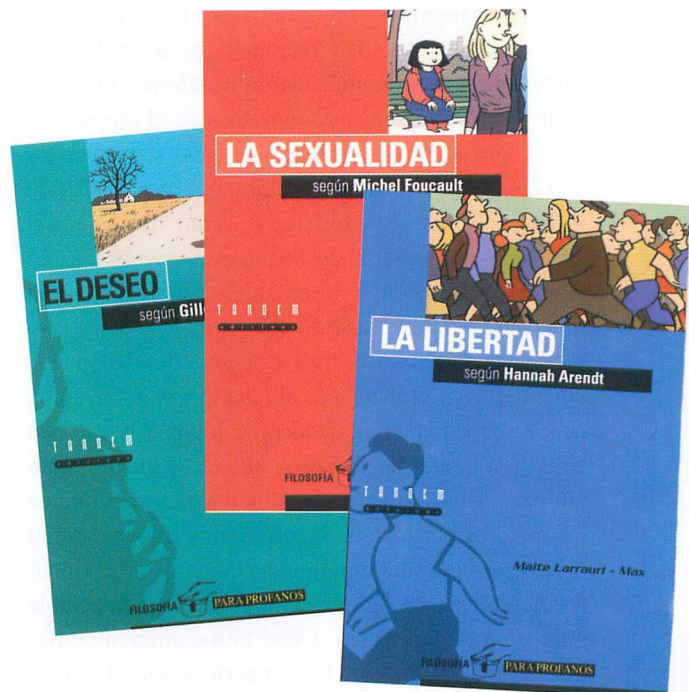


Filosofía en el bolsillo

Hay libros pudorosos, que se apartan del mundanal ruido y buscan un espacio y significado propio. Son obras hechas con cuidado, que implican largas horas de meditación en su concepción y establecen lazos entre sus lectores. Con Afinidades electivas hemos querido dedicarle un espacio a estas obras para que sean precisamente sus creadores quienes nos revelen su historia entre líneas.

Colección "Filosofía para profanos" (en catalán y castellano):

- **El deseo según Gilles Deleuze.** Valencia: Tàndem, 2001
- **La sexualidad según Michel Foucault.** Valencia: Tàndem, 2001
- **La libertad según Hannah Arendt.** Valencia: Tàndem, 2002
- **La guerra según Simone Weil.** Valencia: Tàndem, 2003
- **La felicidad según Spinoza.** Valencia: Tàndem, 2004
- **La potencia según Nietzsche.** Valencia: Tàndem, 2005
- **La amistad según Epicuro.** Valencia: Tàndem, 2007



La Filosofía es algo más, es otra cosa...

Mi punto de partida han sido dos certezas. Una es mi pasión por la filosofía, de la que no tengo ninguna duda. Me ha proporcionado satisfacciones inmensas, períodos enteros de felicidad y, en ocasiones, alguna que otra iluminación. De joven encontré un texto de Nietzsche en el que se animaba a convertir el pensamiento en guía de la vida y la experiencia en aforismo del pensamiento. Me lo escribí y me lo puse allí donde podía leerlo todas las mañanas. La filosofía es uno de los amores de mi vida.

Mi segunda certeza es que no soy la única en verme seducida por la filosofía, que la filosofía es un amor compartido por muchas personas. La sorpresa fue, sin embargo, darme cuenta de que ese amor no estaba en la universidad sino en la calle, entre la gente común y corriente. Hace doce años comencé un seminario de filosofía en una asociación de vecinos de un distrito periférico de Valencia. El público inicialmente fueron mujeres, aunque con el paso del tiempo acudieron algunos varones. La atención con

la que me acogieron me animó a pensar libremente sobre la actualidad y sobre lo que el pensamiento de algunos filósofos puede ayudarnos a entender. Su escucha atenta fue el origen de la idea de hacer esta colección de filosofía para profanos. Cuando empecé a escribir estos libritos lo hice con el mismo espíritu con el que había dirigido el seminario.

Inicialmente el seminario tenía lugar los miércoles por la noche, cuando aquellas mujeres habían dejado ya la cena preparada para su familia y a sus maridos viendo el partido en la televisión (lo que solía tener lugar los miércoles). Con un bocadillo en las manos y en un local sin comodidades yo enseñaba filosofía. Cuando hablas para gente muy atareada —y aquellas mujeres lo eran, sin duda— tienes que darles por fuerza algo interesante, porque de lo contrario se levantan y se van. Ellas no reconocían autoridad a los nombres ante los que personas más educadas se inclinan. Ellas sabían reconocer la verdad, lo que servía para arrojar luz sobre una situación, para aumentar su conocimiento y para vivir con una perspectiva más

reflexiva. La elección de los temas y de los autores estuvo determinada por esa escucha. Yo sólo era la mediadora, la profesora de filosofía.

Comprobé en la práctica que Deleuze tenía razón cuando decía que a la filosofía se entra por el medio, que se disfruta de ella como de una obra de arte, que la filosofía no está escrita para los filósofos. No obstante, pasar de la experiencia del seminario a la realización de una colección de libros de filosofía para profanos planteaba una serie de problemas.

Enseñar filosofía es algo que está vinculado con la oralidad, con la presencia física del profesor. Sólo así puede ponerse en marcha ese particular “eros” pedagógico. Un profesor atrae hacia lo que enseña mediante recursos imaginativos, afectivos, que acompañan al discurso racional: los ejemplos, las digresiones, las preguntas, las aplicaciones, los desarrollos son elementos más abiertos que el propio discurso, son auténticas interpelaciones, son anzuelos con los que se busca que el alumno pique. Y cuando lo hace, hemos logrado hacerle sentir que él era el sujeto al que estaba destinada esa enseñanza. El alumno que se convierte en sujeto ha atravesado la línea, en cierta medida está salvado.

Pero el discurso escrito está muerto. No puede defenderse, ni seducir más allá de lo que está ya ahí, negro sobre blanco. Cuando me planteé hacer esta colección quería hacer libros que en sí mismos fueran persuasivos, que fueran atractivos. Ese es uno de los motivos por los que incorporan la imagen, como medio para introducir algunos elementos no racionales: acompañar la rigidez de lo escrito con la posible seducción de la imagen. Estos libros quieren conseguir atrapar al que los lee, atraerlo hacia el pensamiento. Quieren estar a mitad camino entre el libro escrito y el magisterio oral.

Otra de las opciones de la colección ha sido considerar que los lectores carecen de tiempo y de paciencia para introducirse en la filosofía, sin saber previamente si lo que van a leer les va a resultar interesante. La brevedad de estos libros, su condición de

libros de bolsillo, el hecho de que sólo quieran presentar una idea de un autor facilitan el acceso, la puerta de entrada. No explican todo sobre un autor, pero lo que explican lo hacen con suficiente precisión como para que se conviertan en un aperitivo que puede preceder una buena comida, si el lector así lo desea.

Así pues, estos libros se componen de tres elementos: una narración que escribo yo misma, en la que expongo el desarrollo de un concepto, de una idea de un filósofo. Los libros están todos ellos divididos en nueve secciones y al final de cada una hay una cita literal del filósofo y esa cita viene ilustrada por Max. Explicación, selección de citas e ilustraciones.

Mi encuentro con Max fue como los verdaderos encuentros: inesperado, afortunado y lleno de gracia. Leí por casualidad sus *Órficas*, inmediatamente y decidí convencerlo del proyecto. No sabía bien qué iba a salir, pero Max se metió conmigo a averiguarlo.

Lo que estos libros ofrecen son algo nuevo, no sé si acertado, pero nuevo. No es sólo discurso escrito. Lo mejor que nos han dicho a Max y a mí acerca de esta colección lo escribió un joven en un fanzine. Confesaba que cuando estudió filosofía en el bachillerato no le había gustado, pero que había tenido la intuición de que la filosofía era algo más, otra cosa, algo quizá fantástico. Ahora, decía, gracias a la colección “Filosofía para profanos” comprobaba que su intuición había sido verdadera.

Maite Larrauri

Doctora en Filosofía por la Universidad de Valencia y profesora de un Instituto de Secundaria. Ha trabajado en la Universidad de Valencia impartiendo cursos de postgrado, cursos de formación para profesores de filosofía y cursos extracurriculares de filosofía. También ha dirigido el seminario “Mujeres grandes” y ha pronunciado numerosas conferencias. Entre sus publicaciones destacan: *Conocer Foucault y su obra* (Dopesa, 1980), *Spinoza y las mujeres* (Eutopías, 1989), *La espiral foucaultiana* (Eutopías, 1996), y *Anarqueología* (Eutopías, 1999) y la traducción del libro de Simone Weil *Escritos de Londres* (Trotta, 2000).

Por siempre profano

Cuando Maite Larrauri me llamó para ilustrar esta colección, sentí excitación y miedo a partes iguales. Yo jamás había estudiado ni leído filosofía, y también sabía que esto –ilustrar conceptos filosóficos– apenas se había intentado antes. Soy un entusiasta de los encargos “difíciles”, porque no me hice dibujante para aburrirme transitando por caminos ya trillados, pero al mismo tiempo me daba pavor la previsible dificultad de la tarea. Así que, antes de aceptar, puse una condición previa: Maite y yo debíamos conocernos primero, y sólo si había conexión o buen

feeling entre nosotros, estaría yo dispuesto a meterme de lleno en el proyecto.

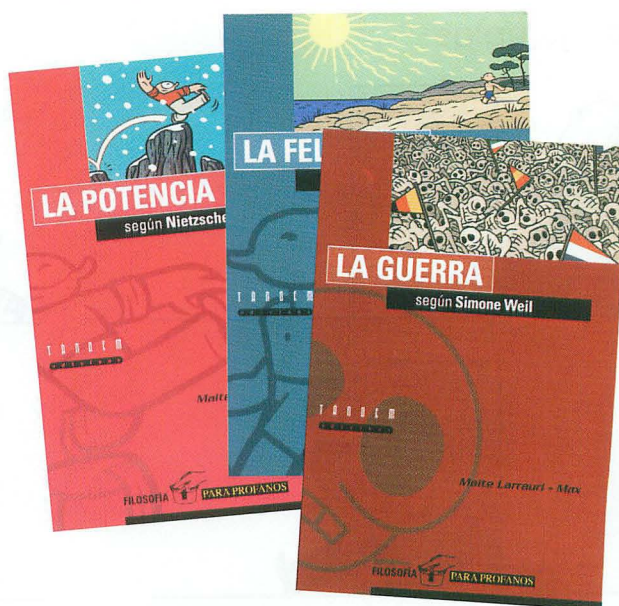
Hubo conexión, acepté trabajar en la colección y, efectivamente, resultó ser el trabajo más difícil al que me he tenido que enfrentar nunca. En principio la idea era simplemente ilustrar las citas textuales que Maite elegía de cada filósofo y que se reproducen al final de cada capítulo del libro. Para ello adoptamos un sistema de trabajo: nos reuníamos un fin de semana –vivimos en ciudades distintas– durante el cual ella me explicaba con todo detalle el contenido de

cada libro (en realidad, yo me convertía en privilegiado alumno único de magistrales clases de filosofía) y yo tenía la oportunidad de plantearle todas las cuestiones que se me ocurrían. Hablábamos, discutíamos y divagábamos. Luego yo regresaba a mi estudio e intentaba plasmar en imágenes todo cuanto había captado.

Pero con el primer libro —*El deseo según Deleuze*— cundió el desaliento. Me pasé un mes ensayando dibujos sin llegar a nada satisfactorio. Las ilustraciones que hacía resultaban anecdóticas, banales, sin profundidad ni densidad de significado, no pasaban de ser una decoración embellecedora e insustancial. Se oía el fracaso. Y cuando estaba ya a punto de tirar la toalla, un día descubrí que el enfoque de partida era incorrecto. No había que ilustrar, había que *contar*. Descubrí en una de las citas de Deleuze un hilo narrativo y lo convertí en una secuencia dibujada. Y funcionó. Luego comprobé que prácticamente todas las citas tenían, en mayor o menor grado, esa cualidad narrativa; que el pensamiento funciona también de un modo secuencial. Y ahí me encontré jugando ya en mi terreno: una secuencia narrativa dibujada es, exactamente, un cómic. A partir de ahí perdí el miedo y conseguí resolver todas las citas en pequeñas historietas, casi siempre mudas.

A Maite le convenció totalmente. Y a mí me ofrecía de pronto la rara oportunidad de experimentar en el límite con los modos narrativos convencionales en busca de nuevas maneras de contar visualmente ideas complejas. Y, por supuesto, me quedaba el orgullo de poder demostrar que un medio como el cómic —habitualmente despreciado en los cenáculos de la alta cultura por popular y banal— podía medirse de igual a igual con la muy prestigiosa filosofía. A partir de ahí Maite y yo tuvimos muy clara cual había de ser la función de los dibujos en el libro: las secuencias dibujadas suponían una opción alternativa de acceso al pensamiento de los filósofos, facilitaban una vía no textual, eran la puerta visual.

Pero aún hoy, ocho años después y tras siete libros publicados, la tarea sigue siendo un desafío. Las rutinas no sirven aquí. A mí me toca buscar para cada libro el mejor modo de acceder visualmente al pensamiento de cada filósofo. Sin caer en lo tópico o en lo demasiado evidente, sin simplificar en exceso, sin banalizar, sin ser demasiado abstruso o incomprensible. Es esta una aventura plagada de riesgos. Más cuando cada filósofo es un mundo en sí mismo y no puedo, o no sé, relacionarme en la misma medida con todos ellos. Cuestión de afinidades. Con algunos conecto ampliamente, con otros he encontrado más dificultades. Pero siempre acabo por hallar con todos el punto de contacto que permite que fluyan los dibujos. Los autores que aborda la colección son elección



personal de Maite, los que han sido importantes para su vida y ello prueba que mi exigencia previa de comprobar que hubiera conexión o afinidad entre ella y yo antes de aceptar el trabajo no era en absoluto descabellada. Y lo cierto es que no ha habido desencuentros entre nosotros. Tras hablar con ella sobre cada libro, tras leer su texto definitivo y la selección de citas que ella hace para mí, yo le voy enviando propuestas visuales que discutimos y vamos perfilando entre los dos.

Finalmente, el gran secreto del éxito de nuestra colección (no hablo de éxito de público, o de ventas, o de crítica, hablo de nuestra percepción personal, la de Maite y la mía, y también la de nuestra entusiasta editora, Rosa Serrano, de que los libros que estamos haciendo son buenos, arriesgados, novedosos, interesantes y, en suma, logrados) no es otro que el de estar perfectamente adecuada a su título: “Filosofía para profanos”. Puesto que el primer lector —y el primer crítico— de cada libro he sido yo mismo, profano por excelencia. Y puesto que incluso ahora, como coautor de los libros, sigo considerándome un absoluto profano. Sí, ciertamente ahora leo, entiendo y me interesa la filosofía, pero nunca como objeto de estudio. He aprendido a relacionarla con la vida, con *mi* vida.

Esto es lo que Maite me confesó al principio que pretendía lograr con sus textos. Y, ciertamente, lo consigue. ☑

Max

Reconocido ilustrador de cómics y libros-álbumes de una prolífica obra que destaca tanto por su calidad como por su espíritu inconforme y trasgresor. Entre sus últimos libros se encuentran *Hechos, dichos, ocurrencias y andanzas de Bardin el Superrealista* (La Cúpula, 2006), *Espiasueños* (La Cúpula, 2003) *Max. Conversación/ Sketchbook* (Sins entido, 2005) y *Un perro en el grabado de Dürero...* (Media Vaca, 2006).

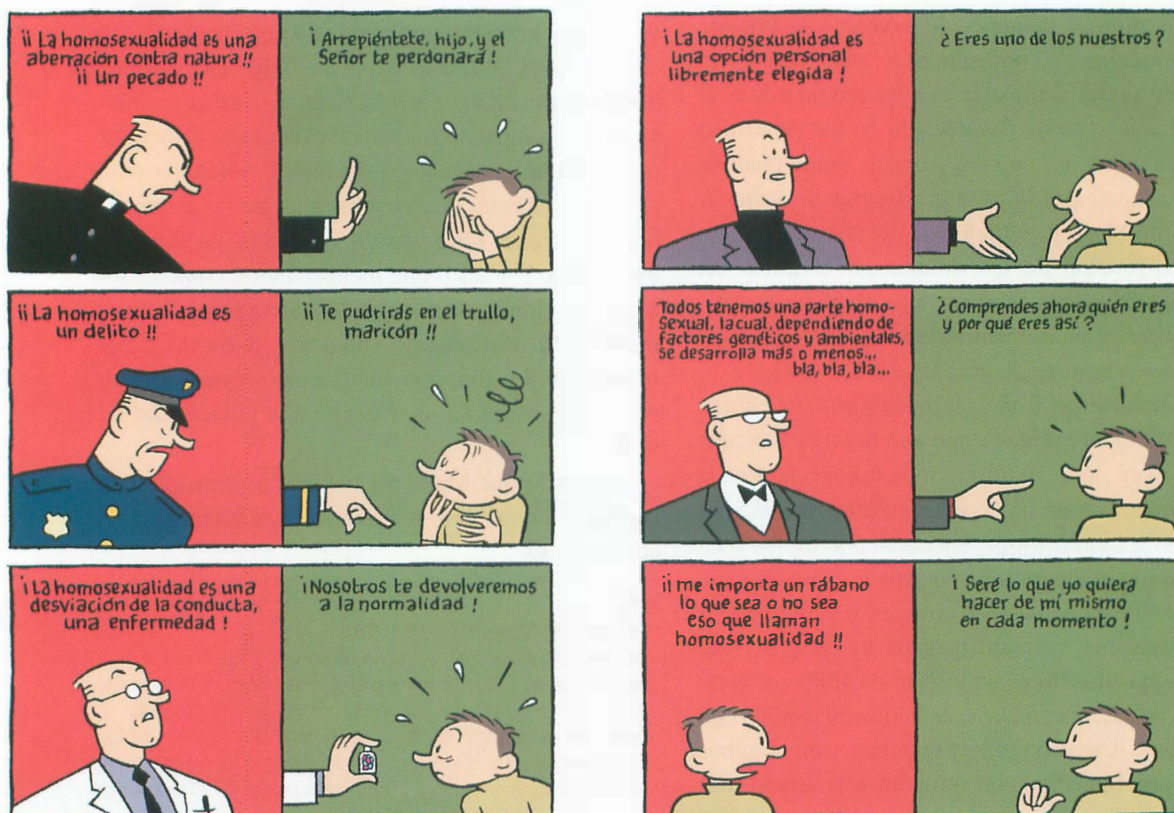
► Ver ejemplos en páginas siguientes.

Algunos ejemplos



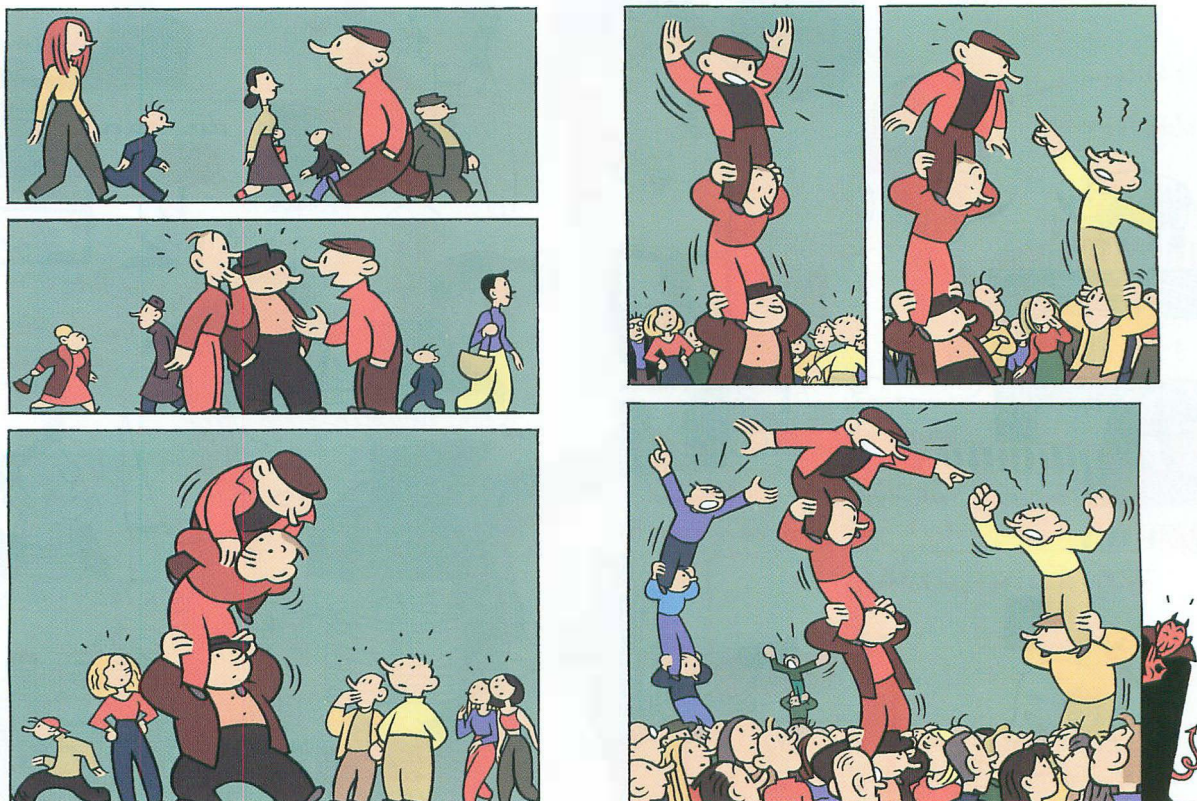
"Aunque sabemos que los seres humanos son capaces de pensar –de tener intercambios consigo mismos– ignoramos cuántos se satisfacen en esta empresa no lucrativa; todo lo que podemos decir es que el hábito de pensar, de la reflexión de lo que uno está haciendo, es independiente de la situación social, educativa o intelectual del individuo"

Tomado de: *La libertad según Hannah Arendt*



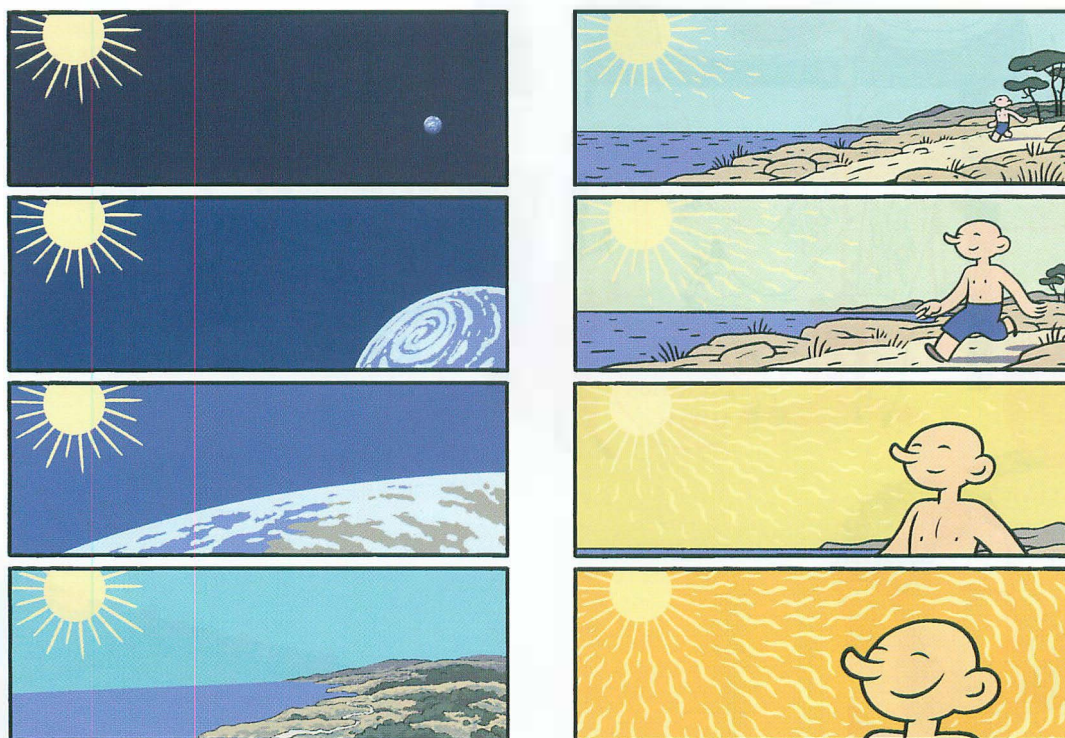
"Mostrar que hablar es hacer algo –algo distinto de expresar lo que se piensa, traducir lo que se sabe, distinto también de hacer jugar las estructuras de la lengua...; mostrar que un cambio en el orden del discurso supone transformaciones en el interior de una práctica"

Tomado de: *La sexualidad según Foucault*



“Los partidos son un maravillosos mecanismo en virtud del cual, a lo largo de todo un país, ni un sólo espíritu presta su atención al esfuerzo de discernir en los asuntos públicos, el bien, la justicia, la verdad. El resultado es que –a excepción de un pequeño número de circunstancias fortuitas– sólo se deciden y ejecutan medidas contrarias al bien público, a la justicia y a la verdad. Si se le confiara al diablo la organización de la vida pública, no podría imaginar nada más ingenioso”

Tomado de: *La guerra según Simone Weil*



“Cuando miramos al sol, nos imaginamos que dista de nosotros 200 pies; ese error no consiste en esa imaginación en cuanto tal, sino en el hecho de que al mismo tiempo que lo imaginamos así, ignoramos su verdadera distancia y la causa de esa imaginación. Ya que, aún cuando supiéramos más tarde que el sol dista de nosotros más de seiscientas veces el diámetro de la tierra, no por ello dejaríamos de imaginarnos que está cerca; en efecto, no imaginamos el sol tan próximo porque ignoramos su verdadera distancia, sino porque la afección de nuestro cuerpo envuelve la esencial del sol, en la medida en que el cuerpo mismo ha sido afectado por él”

Tomado de: *La felicidad según Spinoza*